

¡No es ciertamente, señores, la necesidad de llenar una vana fórmula lo que me hace tributar aquí este ligero homenaje a su memoria: es la justicia con que todo Chile ha bendecido al hombre ilustrado i benéfico, al recto majistrado, al político liberal que solo tuvo en su vida amigos i admiradores. Corta, demasiado corta, fué aquella para su patria; pero el espíritu se detiene complacido en los esfuerzos de este hombre raro, que, sin embargo de la brevedad de sus días, ha podido legar una série de importantes servicios a su país i de hermosas producciones a las letras americanas. Yo, que tuve la fortuna de conocerle de cerca, no he podido, señores, pronunciar su nombre sin detenerme un instante en sus virtudes, i sin saludar con mi débil palabra esa noble figura que brilló en nuestras tempestades políticas como una prenda de reconciliacion i de paz; que solo se mezcló a los partidos para suavizarlos i tratar de dirigirlos por la senda de la justicia, a la majistratura para enaltecerla, i al gobierno de su patria para elevarlo i servirlo con las luces de su intelijencia i la bondad de su corazon.

Como complemento del precedente estudio, insertamos à continuacion otro sobre la vida i escritos del mismo señor Sanfuentes, hecho por don Domingo Arteaga Alemparte i comunicado a la Facultad de Humanidades en una de sus sesiones del año anterior.

Recibir con la vida una intelijencia vasta i poderosa, es un gran beneficio que suele hacer Dios al hombre, pero no el mayor de los que reparte su pródiga mano: hai otro mas precioso todavía, i es el de nacer con un corazon jeneroso i sensible, capaz de las nobles abnegaciones que el bien inspira i de los vivos entusiasmos que despierta la belleza. Si son pocos los que obtienen el primero de esos dones divinos, no son mas los que alcanzan el segundo, i es estremadamente reducido el número de los que entran en la existencia heredados con el uno i el otro. Personificacion la mas elevada i compleja del alma humana, forman estos últimos la falanje escogida de la Providencia para defender del egoismo i el miedo, dos poderosos enemigos, la dignidad i excelencia de nuestra especie. A esa falanje, de que salieron los profetas i los apóstoles de los siglos pasados, pertenecen los héroes i los poetas de nuestra edad. I cuando digo los héroes i los poetas, ya se ve que no comprendo entre éstos la profusa caterva de versificadores que acostumbran a decorarse con tan hermoso nombre, como no cuento entre aquellos los estrepitosos sableadores que la fama, sobrado complaciente a veces, suele llevar sobre sus alas; sino que consagro esclusivamente tales dictados a los pocos hombres que aparecen en cada pueblo ofreciéndole los ópimos frutos que rinde el

consorcio del talento i el corazon. Verdaderos soles del mundo moral, que iluminan con la luz de su intelijencia i fecundan con el calor de su sentimiento.

Uno de estos seres privilegiados era don Salvador Sanfuentes, a quien acabamos de perder i en quien vimos asociadas superiores facultades intelectuales con una alma abierta a todas las inspiraciones de lo bello i lo bueno. Al emprènder este estudio sobre su vida i escritos, líbreme Dios de intentar pedir prestada una hipérbole a la retórica, para elevarle hasta la altura en que se cierien los hombres extraordinarios que el mundo bautiza con el nombre de *jenios*. Tal proceder seria desleal tratándose de Sanfuentes, cuya modestia no fué la menor de sus virtudes, i cuyos méritos tienen demasiado brillo para que hayan menester del mui dudoso que despiden los oropeles del panejrico. Pero, si no fué él un hombre extraordinario, si en llamarle *jenio* habria exajeracion, tambien habria injusticia en no reconocer que fué juntamente un injenio distinguido i un poeta inspirado, un hábil estadista i un patriota sincero, un hombre, en suma, que empleó en el servicio de su pais como en el cultivo de las letras un gran talento i un corazon de oro. Estas dos fuerzas del espíritu humano, no siempre bien concertadas i rara vez igualmente eficaces, se hallaban acopladas a maravilla en el alma de Sanfuentes, dotadas del mismo vigor la una que la otra, sometidas a un mismo impulso, dirigidas a un mismo fin. I el bien fué de contínuo el fin a que tendieron, el bien bajo sus tres metamórfosis mas brillantes: lo verdadero, lo justo i lo bello. Sin advertir el feliz acuerdo que existia entre la intelijencia i los sentimientos de Sanfuentes, sin observar el doble poder que ella i ellos recibian de ese acuerdo, no seria fácil esplicarse su vida tan breve como bien empleada, tan laboriosa como fecunda. Solo tomando en cuenta ese concierto afortunado, se concibe cómo llegó a ser, en el corto período de su existencia, administrador de la república celoso e intelijente, atinado político, diestro orador parlamentario, entendido jurisconsulto, magistrado intejérrimo, erudito literato, prosador elegante i el mas fecundo de nuestros poetas. Solo así se alcanza de dónde pudo sacar la infatigable actividad i tino constante que desplegó en su oficina de empleado subalterno, en su despacho de Intendente, en su gabinete de Ministro; cómo pudo pronunciar numerosos discursos en las asambleas lejislativas i tomar parte en sus mas importantes discusiones, componer millares de versos, desempeñar muchos otros trabajos literarios, robustecer incessantemente su espíritu con estudios sérios i variadas lecturas, en medio de penosas enfermedades que le aquejaron desde su primera juventud hasta su muerte, i apenas le concedieron tal cual momentánea tregua. Solo así finalmente se comprende cómo, habiendo ocupado en la república tan elevados puestos, en que otros hombres no hacen sino sembrar faltas i cosechar ódios, supo descender de ellos sin el remordimiento de las primeras ni el acíbar

de los segundos, i morir bendecido de todos, de nadie maldecido. Al espirar no dejaba ningun enemigo.

I al espirar Sanfuéntes, comenzó su verdadera gloria. Miéntas vivió, si bien obtuvo el homenaje de estimacion i respeto debido a su acendrado mérito, fué poco aplaudido, despertó poca admiracion. A la verdad, preciso es achacar esta parcimonia, así a la índole de su carácter tímido i modesto, que huía de las ovaciones ántes que buscarlas, como a la condicion de su entendimiento, claro i profundo mas que brillante, ocasionado a las meditaciones ordenadas i serena contemplacion, mas que a los rápidos movimientos del entusiasmo i a los fogosos arranques de la fantasía, que constituyen la principal fuerza de ciertos ingenios ruidosos cuanto celebrados. Aseméjause éstos en ocasiones a la sonante catarata que se lleva por entre riscos i breñas, llenando con sus ecos los bosques vecinos i corriendo a confundir con las olas del Océano su estéril raudal; al paso que Sanfuentes pudiera compararse al riachuelo cristalino que cruza humilde i sosegadamente los campos, da de beber a los rebaños, hace brotar las espigas, i hermana la frescura de sus aguas con la amable sombra que prestan al caminante los árboles de su orilla: todo el mundo va a vistar la catarata, todos la conocen, miéntas que pocos, al atravesar el riachuelo, fijan la vista en su limpia corriente que han enturbiado, o saben su nombre si tal vez lo tiene. Bajo algun respecto, cúpole en vida a Sanfuentes una suerte tal. Pero la recompensa, que de cuando en cuando no parece sino que fuera coja como el castigo, llega como él tarde o temprano, i llegó para el hombre eminente de quien estoi hablando cuando hubo dejado de existir. Entónces se revelaron las hondas simpatías que le guardaban i el sincero pesar que con su muerte recibian todos los hombres que entre nosotros saben gustar los frutos del entendimiento i adorar en las buenas acciones; i el vulgo superficial i distraido, incapaz de observacion pero propenso al contajio, se contajió del pesar i simpatías de esos hombres e hizo coro a sus justas lágrimas como a sus justos encomios. De esta suerte el pais entero proclamó la lejítima gloria de Sanfuentes.

El espíritu se detiene complacido en la vida de este hombre, que le ofrece simultáneamente un bálamo i un ejemplo. Con el perfume de serenidad que se exhala de su firme fé relijiosa, de su tranquila constancia en el trabajo, de su perseverancia en el bien, le brinda un bálamo para las crueles agitaciones del desaliento i la duda, dolencias endémicas de nuestro siglo; i le presenta un ejemplo que imitar en la provechosa armonía que supo establecer entre su intelijencia i su corazon, consiguiendo por este medio legar una serie de importantes servicios a su pais i de hermosos trabajos a las letras. Hoi en dia que se pregona en donde quiera el imperio absoluto de la razon i se quiere arrebatar al sentimiento toda influencia en nuestros destinos, aquel ejemplo es tanto

mas saludable cuanto proporciona un argumento capital contra tal tendencia, que pretende cegar la fuente mas fecunda de las acciones jenerosas i de la felicidad humana. Así lo comprendia Sanfuentes, conocedor como era de su época, i se sentia aislado en medio de nuestra jeneracion escéptica i ensimismada. De aquí la timidez de su carácter, cierta desconfianza instintiva de los hombres de que trasmina su vida, i ese vapor de melancolía que sirve de atmósfera a sus cantos i les comunica particular atractivo.

Tal es en resúmen el aspecto bajo el cual he contemplado a don Salvador Sanfuentes, reflejado en su vida i en sus escritos. Estudiando los segundos con decidida afición e investigando con prolijo interes el curso de la primera, no sé si habré acertado a ver bien su figura en ese doble espejo. Si así no fuere, si por tratar de ser justo i verdadero, tuviera la desgracia de menoscabar su gloria o desfigurarla, me confesaré culpable de todo, salvo de falta de buenas intenciones.

I.

Don Salvador Sanfuentes i Torres nació en Santiago el 2 de febrero de 1817. Es su padre, pues vive todavía entre nosotros, un caballero español que a principios del siglo vino a establecerse en la capital. Aquí se dedicó al comercio i tomó por esposa a la señorita Torres, hija de una familia principal del país. Vinculado de esta manera a Chile, lo miró como a una segunda patria i a los chilenos como a sus compatriotas. Algunos de ellos, forzados a emigrar despues del glorioso desastre de Rancagua, no vacilaron en confiarle varios depósitos de dinero, que él por su parte supo guardar. Habiendo sabido Marcó la existencia de esos depósitos i querido secuestrarlos, intentó en vano arrancárselos a Sanfuentes, que fiel a la confianza que habia inspirado, logró conservarlos i devolverlos, mas tarde a sus dueños. Este leal proceder, que tanto le honra, fué grande parte para eximirlo de las represalias que tomaron en los peninsulares los patriotas vencedores en Chacabuco.

Cuando los bravos que triunfaron en esa memorable jornada entraban en la capital, acababa de venir al mundo don Salvador, primojénito de la familia de Sanfuentes. Su primera infancia trascurrió, pues, en medio de los grandes acontecimientos i sangrientas vicisitudes que llenan aquella época; i su educacion debió de ser mui severa, como lo prescribían las ideas que entónces imperaban. Contaba apénas doce años de edad cuando comenzó a aprender la lengua latina en una clase que rejentaba en el convento de Santo-Domingo el canónigo Puente, tan nombrado en los fastos escolares del tiempo. En estos primeros estudios, como en los que hizo mas tarde, no solo se distinguió siempre por su aplicacion i la precocidad de su intelijencia, sino mui marcada-

mente por su carácter tan apacible i circunspecto cuanto es difícil imaginárselo en un niño. Grave i pensativo en el aula, estudiaba mucho, hablaba poco, no reñía nunca con sus compañeros, nunca hacia baza en sus bulliciosos juegos, ni en sus travesuras mas o ménos malignas, ni en las charlas interminables que provoca en la infancia la injenuidad indiscreta i frívola efusion de sentimientos que la dominan. Parecía siempre absorto con sus pensamientos i estudios, i progresaba en estos últimos rápidamente. Ya al terminar el año de 1829, terminaba él tambien el aprendizaje del latin, que llegó a saber bien. Fué por aquel tiempo cuando hubo de separarse del colejio para ir a acompañar a su padre en el comercio. Pero esta separacion duró poco, i el año de 1831 le vió cursar la filosofía en el "Colejio de Santiago," establecimiento de educacion fundado el año precedente, i recibir lecciones de esa ciencia de un sábio benemérito, como Sanfuentes mismo debia llamar despues a don Andres Bello, en una Memoria ministerial (1). Concluido que fué aquel curso, abandonó por segunda vez las aulas i volvió al lado de su padre, que le dió participacion en sus especulaciones mercantiles. Mas éstas no pudieron conquistarle ni destruir la aficion a las letras i ambicion de saber que ya habian prendido en su espíritu i crecian rápidamente. Natural era, como sucedió, que su vocacion no tardara en arrastrarlo de nuevo a los estudios, los que hubo de réanudar, no ya en las clases de un colejio, sino en un curso privado de literatura i jurisprudencia que don Andres Bello empezó a profesar en su propia casa el año de 1834. Bajo la envidiable direccion de tal Mentor, acendróse en Sanfuentes el amor al estudio, se formó su gusto literario i tuvieron lugar sus primeras entrevistas con la Musa, a quien guardó tanta fidelidad durante toda su vida, i en cuyo comercio halló tantas delicias i atractivos. Fruto precoz de estas tiernas relaciones fué una traduccion en verso de la "Ifjenia en Aulide" de Racine, a la cual sirvió de editor su propio maestro el señor Bello; quien al publicarla en *El Araucano* de 28 de marzo de 1834, le hizo preceder un corto pero lisonjero juicio. I no solo era favorable sino justa la sentencia de ese juez el mas competente, porque el jovencito Salvador, que acababa de cumplir diez i siete años, habia conseguido en aquella traduccion verter con felicidad al castellano los majistrales versos del poeta frances. De este tiempo data la preferencia constante que Sanfuentes dispensó a Racine, como que éste, Virjilio i Ercilla fueron sus autores favoritos.

Pero sus inclinaciones literarias debian verse contrariadas con frecuencia i hallar en su curso mas de un rival. El que ahora encontraban

(1) Documentos Parlamentarios, tom. 3.º — Memoria de Justicia, Culto e Instruccion Pública de 1847.

era la carrera de los destinos públicos, que llamó a Sanfuentes a ejercerlos sin esperar a que hubiese enterado diez i nueve años. El de 1835, en que seguia aun el curso de jurisprudencia ya referido, pidió el Ministro Portales al señor Bello i al Rector del Instituto Nacional que le designasen los jóvenes mas sobresalientes entre sus respectivos alumnos, deseoso de proveer en ellos algunos cargos subalternos de la Administracion. De los que designó el primero, fué, como era de esperar, don Salvador, que habia descollado a un tiempo por las raras facultades de su intelijencia i su empeño en cultivarlas; i salió en consecuencia a servir una plaza de oficial ausiliar en el Ministerio de Relaciones Exteriores. Al entrar en este destino poseia, ademas del latin i el frances, la lengua inglesa, adquisiciones bien difíciles de hacer en aquel tiempo i a la edad que entónces tenia Sanfuentes. Su conocimiento de esos dos últimos idiomas le proporcionó las primeras tareas de su empleo, que fueron traducciones de documentos diplomáticos. No era menester mucha perspicacia para comprender, por el tino i actividad que empleaba don Salvador en el cumplimiento de sus deberes, que era mui apto, no obstante su estrema juventud, para hacer algo mas importante que traducciones. Así fué que no pasó el segundo año de su carrera de empleado junto a la mesa de oficial ausiliar, pues en octubre de 1836 se le nombró secretario de una mision diplomática que a la sazón se confiaba a don Mariano Egaña cerca del gobierno peruano.

Era bastante singular esta mision, llena de pacíficos propósitos a creer en sus credenciales, destinada a restablecer la buena intelijencia éntre Chile i el Perú, un si es no es menoscabada, i que sin embargo se hacia trasportar a las costas de ese pais por una escuadra de cinco buques de guerra (1). Salió esta de Valparaiso, i abordo de ella Sanfuentes, el 18 de octubre del año citado, i fué a echar anclas en la isla de San Lorenzo a la entrada del puerto del Callao. Apresuróse su almirante a prevenir de su llegada al gobernador de dicho puerto i anunciarle que esperaba a la brisa para entrar en el surjidero. Pero el gobierno del Perú no habia logrado persuadirse los amistosos fines de aquella mision diplomática armada en guerra, i ajitado de vivos recelos, hizo saber, por medio del gobernador del Callao, al almirante de la escuadra, que estaba cerrada a sus buques la entrada del surjidero i toda comunicacion con tierra, en que solo se invitaba a saltar al Ministro Plenipotenciario con su comitiva. Esta cautelosa providencia puso a don Mariano Egaña en el caso de no desembarcar i de dirigir repetidas reclamaciones al gobierno peruano, que no habiendo satisfecho a ellas debidamente, recibió el 11 de noviembre la declaracion de guerra que le hacia Chile por el órgano de su

(1) Archivos del Ministerio de Relaciones Exteriores.

representante. Mensajero de la declaracion fué don Salvador, i debió a tal circunstancia la ocasion de pisar el suelo de los Hijos del sol, que de otra suerte habria tenido que resignarse a contemplar solamente desde la cubierta de la goleta *Colocolo*. Abordo de este buque regresaron a Valparaíso el ministro i su secretario.

Restituido a Chile al espirar el año de 1836, volvió Sanfuentes al Departamento de Relaciones Exteriores, donde agregó a sus ocupaciones de oficinista los estudios legales que proseguía, i la redaccion de numerosos artículos sobre la guerra contra el Perú, que revisados primero por don Andres Bello, iban despues a llenar los editoriales de *El Araucano*.

Así discurrió la existencia de Sanfuentes hasta el mes de octubre de 1839, en que pidió i obtuvo licencia para separarse por un año de la oficina, a fin de atender al restablecimiento de su salud, presa ya de las enfermedades que tan triste compañía le hicieron durante su vida (1). Luego de vencido ese plazo i recobrado un tanto de sus dolencias, fué llamado a desempeñar el destino de Oficial Mayor del Ministerio de Justicia, Culto e Instruccion Pública, al mismo tiempo que llegaba a hacerse abogado. Los trabajos de esta profesion i los de aquel cargo, dieron abundante pábulo a su actividad i la absorbieron casi enteramente hasta el año de 1842. Sentia ahora su índole laboriosa un nuevo aguijon con la esperanza de ser en breve padre, pues colmando los votos de su alma, se habia casado recientemente con la señorita Matilde Andonaegui.

Entre tanto las aficiones literarias de don Salvador, si no habian perecido, se hallaban ociosas i supeditadas en su mente por tareas poco conciliables con ellas. Pero aguardaban inquietas una ocasion propicia al desquite, i esta ocasion no tardó en presentarse. Una polémica de la prensa la trajo consigo.

Esa polémica inaugura la segunda época de su vida, mucho mas brillante sin duda que la que acabo de recorrer. Mas no por eso deja de ofrecer ésta un hermoso cuadro, en que el talento se da la mano con el estudio, el tino con la laboriosidad, i en que la herencia que Sanfuentes recibió del cielo se ostenta así acrecentada i santificada por el trabajo.

II.

El año citado de 1842 es en el que empezó nuestra ejira literaria. Verdad es que ántes de esa fecha habia enumerado Chile entre sus hijos unos cuantos escritores políticos i dos o tres rimadores que la fama lisonjera de su tiempo aclamó poetas; pero sobre ser poco elevada la cifra que

(1) Archivos del Ministerio de Relaciones Exteriores.

juntos componian los unos i los otros, apénas si alguno de ellos satisfacía las condiciones que dan derecho al nombre de literato. Este nombre, conformándose a una estricta justicia, no habria debido aplicarse hasta entónces sino a los pensadores estranjeros que, desde la introduccion de la imprenta en Chile, ilustraron nuestras discusiones i dieron a luz notables i variados escritos; a Irisarri, a Egaña, a Monteagudo, a Garcia del Rio, a Mora, a Blanco, a Bello, literato este último a quien tanto deben en América, i señaladamente en nuestro pais, el buen gusto i los buenos estudios (1).

Solo despues de la fecha que acabo de fijar, se aclimataron entre nosotros las bellas letras i rindió su cultivo frutos sazonados; de suerte que ya poseian muchas secciones de la América Española una literatura nacional cuando la nuestra principió a florecer. Esta posterioridad se explica naturalmente por los antecedentes históricos de Chile i por el carácter de los chilenos.

Supérfluo mé parece recordar que las letras no hallaron cabida en la sociedad chilena durante la dominacion española, bajo la cual vivió Chile pobre, ignorante i sumiso como pocos de sus compañeros de coloniaje. Si para emanciparse i constituirse en estado soberano supo sacar fuerzas de flaqueza, organizando en medio de su ignorancia un gobierno nacional i una administracion pública eficaz i vigorosa, levantando ejércitos i equipando flotas en medio de su pobreza, improvisando capitanes i ciudadanos en medio de su servidumbre; no alcanzó el objeto de sus esfuerzos sin largos reveses, sin victorias costosísimas, sin violentas aji-taciones. Entre estas borrascas porque atravesaron los primeros años de la República, no era posible que nuestros ingenios encontraran la serenidad de espíritu, el bienestar moral de que han menester los trabajos literarios; i cuando a las tempestades sucedió la calma, no debian ser tampoco esos trabajos los que cautivasen la accion de su intelijencia. Frios de su natural los chilenos, circunspectos, calculadores, apegados a los intereses materiales, inclinados a lo útil mucho mas que a lo bello, si hoi dia, en que los ocios de una paz opulenta los convidan a las tareas intelectuales, las miran no obstante con desamor i las estiman en poco; ya puede sospecharse que no les tendrian, mas aficion ni les darian mas precio entónces, cuando aun estaban mal recobrados los ánimos de las inquietudes de una lucha reciente, i cuando el pais empobrecido i devastado por la guerra exijia la satisfaccion de mil necesidades de condicion premiosa. A este fin convirtieron pues su actividad e interes, i a cuanto podia ofrecerles inmediata utilidad, beneficios tanjibles, abste-

(1) *Don Salvador Sanfuentes. Poesías*, por don Miguel Luis Amunátegui; artículos críticos publicados en la *Semana*, que he consultado a menudo en esta parte de mi estudio.

niéndose entre tanto de todo empeño literario de alguna trascendencia.

Por eso no es de estrañar que al principiar Chile el año de 1842, estuviese esperando todavía el nacimiento de su literatura; ¡quizá habria tenido que pasar algunos años mas en la misma espectacion, a no haber sido la feliz ocurrencia de un periodista argentino, a quien vino el pensamiento de picar a los chilenos el amor propio, el mas sensible de sus afectos.

Era ese periodista don Domingo F. Sarmiento, redactor por entónces del *Mercurio* de Valparaiso; i fué el caso que este redactor hubo de maldecir, en alguno de sus artículos, del estudio de la lengua castellana, al que acusaba de inútil i hasta pernicioso al progreso intelectual de la nacion. Con proposicion tan estraña i vertida en el estilo brusco i perentorio que le es propio, dió motivo a una violenta polémica, en que la pasion entró por mucho i en que sus adversarios no dejaron de hacer memoria de los escritores argentinos para motejarlos de pésimos hablistas. La reminiscencia no era sino peligrosísima, i tanto que dió a Sarmiento una arma mas de combate, dándole ocasion de recordar la fecunda vena de los literatos trasandinos, i de contrastar sus numerosas producciones con la pobreza solemne de los ingenios de Chile. En este nuevo terreno del debate, se echó a buscar el periodista argentino la causa de la infecundidad literaria que criticaba i creyó descubrirla en la importancia prestada por los escritores a las formas exteriores del pensamiento, en su veneracion supersticiosa a la pureza del lenguaje; veneracion e importancia que, poniéndolos bajo la tutela de tiranos gramáticos i retóricos tiranos, detenian su inspiracion en la mitad del vuelo, cortaban a su intelijencia las alas i las hacian incapaces de espresar i aun de adquirir ideas propias.

Esta opinion, emitida con un aplomo vertical, envolvía visiblemente dos imputaciones erróneas: la una a los ingenios nacionales, a quienes achacaba una fidelidad al habla castellana, al lenguaje correcto i castizo, de que hasta hoi por desgracia no han dado pruebas mui convincentes, salvo escasas quanto felices escepciones; i la otra a la buena elocucion, a la cual atribuía la soñada virtud de abatir el talento i sojuzgarlo, como si éste no tuviera recursos para adquirirla sin sacrificios, como si el pensamiento no necesitara un ropaje de que vestirse i no hallara en ella el mas elegante i el único duradero, como si el literato, pintor de ideas i afectos, no hubiera menester de ella como ha menester del dibujo el pintor del mundo visible.

Miéntas que Sarmiento turbaba de esta suerte la profunda paz en que vivía entónces la prensa diaria, i movido de una intencion laudable, daba palos de ciego al idioma español; los escritores chilenos se esforzaban a probar la mitológica existencia de la literatura nacional i defendian su causa como mejor podian. Pero la causa era mala, i su defensa in-

fructuosa, sobre ser difícil de hacerse. Cedieron, pues, luego de tal empeño i contrajeron sus conatos a vindicar prácticamente las buenas disposiciones de los chilenos para el cultivo de las letras i la aptitud en que estaban de crear una literatura, que no habian creado todavía.

Una sociedad i una revista literarias se encargaron de realizar el nuevo propósito. En la primera se ostentaba la flor i nata de los talentos e ilustraciones de la época, algunos de los cuales descuellan hoi en dia en las letras o en la república, i bajo su direccion salió a luz la segunda, con el título de *El Semanario de Santiago*, el 14 de julio de 1842.

Entre los promotores mas eficaces de su publicacion i entre sus mas laboriosos colaboradores, contó don Salvador Sanfuentes, a quien los tiros de Sarmiento habian herido en lo mas vivo. La aspereza de los ataques de este escritor, que (justicia es confesarlo) no se olvidaban de imitar sus contrarios, fué poderosa a hacer en el espíritu de don Salvador una impresion acerba, traducida al papel por el tono zumbon del prólogo de *El Campanario*. Natural era que así sucediese, atendido su carácter i su inesperecia de esos duelos de la pluma que se llaman polémicas, en que no es el peor librado el que recibe algun rasguño que desfigura sus convicciones i lastima sus sentimientos. Pero tan penosa como fué aquella impresion, bien puede serle perdonada a su autor en gracia de las consecuencias. Ella debió de ser sin duda grande parte para estimular la intelijencia de Sanfuentes, que, ademas de algunos artículos de crítica literaria i alguna poesía fujitiva, publicó en *El Semanario* el hermoso poema que hace un momento he citado: *El Campanario*, leyenda nacional en tres cantos i en variedad de metros.

Desde la aparicion del *Campanario*, ha dicho un discreto literato que hace autoridad en la materia, "dejamos de estar espuestos a sufrir la vergüenza de tener que quedarnos callados cuando se nos exijiese que nombráramos un poeta nacional (1)." I así es la verdad, i aunque de entónces acá hemos visto nacer muchos poetas cuyo nombre, llegado tal caso, nos evitaria vergüenza tal, el merecido valimiento de que estos han gozado con el público no ha conseguido llevar a su ocaso la fama bien adquirida que se granjeó a su aparicion i que hasta hoi disfruta el *Campanario*. Si el tiempo, como muchas veces i con mucha justicia se ha dicho, es el crisol de lo verdadero i lo bello, el poema en cuestion, que se ha acendrado en ese crisol, es fuerza que sea clasificado entre los metales preciosos de nuestra literatura. I esto con tanta mas razon, cuanto nada es mas fácil que comprobar su mérito por el rápido estudio de su fábula. A tal estudio me atrae ademas la oportunidad de ver nacer i desarrollarse, en la primera obra de Sanfuentes, el carácter de su

(1) Artículos críticos de don Miguel Luis Amunátegui, ya citados.

poesía con sus buenas dotes i sus malas inclinaciones; que si bien entónces su númen no habia alcanzado aun todo el vigor natural i aun tubeaba su estilo mal seguro, en cambio no habian venido todavía a torcer el curso de su inspiracion i a hacerla ménos espontánea, las influencias antipoéticas i las vicisitudes de su existencia que tendré mas tarde ocasion de observar.

Sosegada i monótona era la vida que, a mediados del siglo XVIII, vivian los buenos vecinos de Santiago, de los cuales era cierto marques ya entrado en años, rico propietario i devoto ejemplar. Verdad es que su borrascosa mocedad no habia ofrecido ejemplos mui edificantes; pero otra cosa eran los dias de su vejez, que corrían serenos i desocupados. La misa que a las ocho oia en su oratorio i a que seguía el chocolate, la comida a las doce i luego la siesta, mas tarde el mate i un paseo en caleza, al anochecer la asistencia a la casa de Dios o en su defecto el rosario dentro de la suya, con una visita a palacio que duraba hasta las diez, sumaban el total invariable i cotidiano de los objetos que daban empleo a su actividad. A las doce roncaba el noble marques en medio de su noble familia, que le hacia coro. No era esta mui numerosa, pues no la componian sino su mujer, que lo era de edad proveccta i de mucha piedad, su hija mui amada la hermosa Leonor, i su hijo don Cosme, el heredero del apellido, guapo mozo, si bien poco versado en artes ni ciencias, de que solo conocia la historia natural, i de esta solo la parte que trata de las costumbres de los cuadrúpedos. Mas recojida i no mas amena que la del marques era la vida de su familia, visitada de tarde en tarde por algun titulado, i con mucha frecuencia por el confesor, tesoro de buenas carnes i de buena moral, lleno de graves consejos i de anécdotas lijeras, poco aficionado al baile i mucho a los buenos bocados.

En el seno de esta tranquila existencia crecía Leonor, que iba a dar la mano a sus diez i ocho años.

Llegando a taledad, la mujer siente
 Una vaga inquietud; gustosa mira
 De dos palomas el cariño ardiente,
 I apartando los ojos, así suspira:
 Ama a los niños con amor vehemente,
 I su inocencia encantadora admira:
 Se vuelve ácia un espejo i se alborozá
 Al notar con rubor que es buena moza.
 I luego va a mirar si está el zapato
 Ajustado a su pié; si el chal es rico:
 Examina el vestido un largo rato,
 I abre i cierra con gracia el abanico:
 Se hace de crespos un pomposo ornato,
 I ufana se acomoda el sombrerico:
 I al fin despues de agitacion tan viva,
 Viene a quedarse mustia i pensativa.

Obsérvese de paso con qué colores tan verdaderos está pintada, en esas dos excelentes estrofas, aquella edad de la mujer, henchida de atractivos misterios, de imaginaciones vagas, de afectos nacientes; en que las locas risas de la niñez se convierten en sonrisas discretas i pudorosas, i que ofrece el mismo aspecto rosado, fantástico, indeciso del alba de un dia de verano. Pero el alba fujitiva dura poco i luego viene el sol a do-
 rar muchas espigas i a quemar tal vez algunas flores.

I Leonor no era una espiga, sino una flor, como vamos a verlo.

Llegó el cumpleaños del marques, i las puertas de sus salones se abrieron de par en par para recibir a toda la nobleza de Santiago que, con el Presidente del Reino don Antonio Gonzaga, eran invitados a un gran sarao. Entre la comitiva del Presidente podia mirarse un gallardo mancebo, el capitan Eulojio, tan córtés i rendido con las damas como bizarro e invencible en la pelea. Hijo del pueblo, no contaba una serie de ilustres ascendientes, pero sí de ilustres proezas, que le habian granjeado mucho renombre i el favor de Gonzaga, a quien debia especial cariño. Así lo dejó ver bien a las claras, al presentárselo al marques, que mal de su grado i a pesar de su abolengo tuvo que ser mui amable con el plebeyo capitan. Quizá no lo habria sido tanto a haber podido descubrir lo que pasaba a la sazón en el alma de su hija, que a la primera vista de Eulojio, sintió ya palpar mas aprisa su pecho. La simpatía, esa prestidijitadora de los sentimientos, habia sin duda dicho en voz baja a su corazón alguna palabra desconocida, cuyo sentido apenas sospechó en un principio. Mas cuando el capitan hubo cantado despues de Leonor una ternísima canción, i enlazado en el baile sus manos con las de ella, la graciosa niña comprendió asustada todo el sentido de la palabra desconocida.

Al terminar el sarao, habia sobre la tierra dos seres mas que pulsaban la misma cuerda i cantaban unísonos en el concierto de la existencia deliciosas variaciones sobre un tema mui sabido.

¡Incautos amantes que no preveian el fin natural de su naciente pasión! Porque si bien Eulojio pudo, bajo el amparo del Presidente Gonzaga, volver a casa del marques, no pudo hacerse acepto al aristocrático viejo, que a un tiempo desdeñaba su estracción villana i temia las asechanzas de amor que pusiera a su hija. Para colmo de adversidad, murió de la noche a la mañana el protector del capitan, i este vió por consecuencia cerrársele las puertas del marques i con ellas las de su esperanza. En vano intentó romperlas empujado por la fuerza irresistible de la pasión, última reliquia del *fatum* pagano. En mala hora concibió, despues de la muerte de Gonzaga, el propósito de reanudar sus visitas en casa del marques. Al verle entrar en ella cierto dia, la marquesa lo miró sin hablarle.

Mas con ceño tan agrio que bien puedo
Al del Ande igualarlo, cuando en ira
Furioso brama i nos infunde miedo.

A esta descortesía, hiperbolizada en el poema por la infeliz comparación citada, se siguieron otra i otra, a cual mas acerba, que pusieron lastimoso fin a la visita de Eulojio.

Cuando el capitán volvió a su casa, la idea del suicidio, idea obligada de los amantes infelices, se levantó en su espíritu; pero la abatió el recuerdo de Leonor. Comprando entónces a caro precio los buenos oficios de una esclava de la marquesa, consiguió hacer llegar una patética carta a manos de su adorada, que por desgracia no la dejó sin respuesta. I digo por desgracia, porque esa respuesta fué oríjen de una correspondencia epistolar, que preparó i trajo el rapto de Leonor por Eulojio en medio de una procesion de Viérnes Santo.

Huyeron de Santiago los dos amantes, i a las pálidos reflejos del sol poniente, en la dismantelada capilla de una pobre aldea, iban ya a renovar ante el altar i el sacerdote sus juramentos de eterno amor, cuando fueron sorprendidos por el marques i su jente, que los perseguian i los arrastraron a la capital, para sumir al capitán en oscura prision i a Leonor en negro desconsuelo.

Procesado Eulojio por raptor, fué juzgado i sentenciado a perpétuo destierro del reino, a pesar del alegato de su defensor, que se esforzó a justificar su conducta con el ejemplo del padre Júpiter i el de los compañeros de Rómulo.

Pero el alma iracunda i vengativa del marques quedó poco satisfecha de tal pena, i concibió i realizó un alevoso proyecto. Durante la noche fué arrancado de su prision el capitán, a cuyos carceleros se habia sobornado, conducido por el marques i tres esclavos suyos a un campo desierto i asesinado en medio del bosque, dejando su cadáver insepulto para pasto de los lobos.

La noticia del crimen llegó luego a oídos de la infeliz Leonor. Rotos todos los lazos que la amarraban al mundo, trazada una huella indeleble de sangre entre su pasión i su cariño filial, se dejó llevar por sus padres hasta un convento, i desfalleciente el cuerpo, exánime el espíritu, pronunció en él unos votos ilusorios.

Era la media noche del día en que los habia pronunciado. El ambiente sereno no difundia ruido alguno por los grandes patios del monasterio; pero los rayos de la luna permitian distinguir una blanca figura que divagaba por los largos corredores. La figura se acercó al fin a la puerta del campanario, vaciló un momento ántes de entrar i luego desapareció para volver a aparecer en lo alto de la torre. Era Leonor, que miraba con ojos ya sin lágrimas las estrellas del cielo. De repente su hermosa

cabeza se estremeció i de su gargantase exhalaron los tristísimos acentos de esta canción, desordenada, incoherente, eco fiel del postrimer adiós que da a la vida una niña de diez i ocho años a quien han lacerado el corazón i torturado el espíritu :

Vuelan las hojas, las hojas
Sin cesar volando van,
I todas al fin caerán,
Porque es tiempo de morir.
Nacieron para secarse,
I aunque brillaron un día,
Cada sol que amanecía,
Las acercaba a su fin!

Yo también brillé como ellas,
I ví envidiar mi ventura;
Hoy ya ser se me figura
Hoja que volando voy.

Un sepulcro i una amante
Que sobre su mármol llora!.....
¿Por qué yo no soy ahora
La que en el sepulcro estoy?

Una mano me condujo
A un altar, i alguien decía:
¿Por qué lloras, vida mía,
Cuando un cielo veo yo?

I yo seguía llorando,
Aunque la voz me animaba.
¿Cielos ¿i por qué temblaba?
Ya todo se me olvidó.

¿Por qué a lo lejos no veo
Un incendio propagarse,
El huracán levantarse
I el viento en furor bramarse?

Tal vez el mar furibundo
Hasta esta torre llegara,
I en sus olas yo mirara
Un cadáver blanquear.

Qué gloria morir con él
Aunque entre las olas fuese,
Sin que un tirano viniese
Nuestro abrazo a dividir!

Mas ¡ah! para mi consuelo
Ni un cadáver me concederé,
I solo las hojas pueden
Junto conmigo morir.

Un momento después tocaban a muerto las campanas de la torre, i las

monjas, que sobresaltadas corrieron al campanario, encontraron pendiente de una cuerda el cadáver de Leonor.

Tal es en esqueleto la fábula del poema, que se ha sabido vestir con mucho primor, haciendo poco perceptibles entre variadas i oportunas descripciones, ciertos visos de romanticismo cavernoso, que debió de proyectar sobre la imaginacion del poeta la boga en que a la sazón estaban las manías i exajeraciones de esa escuela literaria. Pero si Sanfuentes se muestra on el *Campanario* narrador ingenioso i feliz, no es este su único mérito, ni el mejor; pues el principal está en la propiedad del colorido que ha empleado para pintar la época i la escena en que se ajitan sus personajes, a quienes ha copiado con tanta semejanza que desesperaria de igualarla mas de un pintor. "Tomando por cuadro un argumento comun, el poeta ha evocado ante nuestros ojos las sombras de los personajes de otra edad, i ha sabido presentarlos con las creencias i maneras que les fueron peculiares. Los actores que figuran en el *Campanario* no son creaciones de novelista; son seres reales que han vivido. Hasta ahora no he leído nada que a mi juicio pueda dar mejor idea de lo que era la existencia doméstica de los colonos chilenos. (1)"

Se ha dicho que *El Campanario* es la mejor obra de Sanfuentes, i aunque yo esté léjos de tal opinion, me atrevo a creer sin embargo que, como la flor del almendro, no es la ménos hermosa por ser la primera. Los veinticinco años vivificaban entónces con su calor el alma de Sanfuentes, le hacian adivinar los misterios de la pasion, en que la práctica no le inició jamas sino mui poco, i comunicaban a su estro una animacion que tal vez perdió mas tarde; al paso que su estilo, sin fijeza todavía, carecia de ese tono uniformemente melancólico que adquirió despues, i tomaba de tiempo en tiempo ciertos aires de buen humor que le daban variedad, bien que no fuesen mui propios de su jenio poético. Además, el argumento del *Campanario* es, a mi entender, mucho mas abundante de interes i recursos poéticos que los de la mayor parte de sus poemas posteriores, en los cuales la índole de la pasion se ve a menudo, a pesar de la habilidad de poeta, contrariada o mal comprendida.

Acabo de observar que el estilo de Sanfuentes no tenia aun fijeza cuando compuso su primera leyenda; i era así en verdad, si bien su versificacion fuese ya jeneralmente correcta i fluida, aunque poco numerosa: lo que anunciaba un versificador, mas que fácil, diestro.

El Semanario concluyó con el año de 1842, i nuevos cargos públicos se preparaban para encerrar mas estrechamente el espíritu i actividad de don Salvador en la cárcel de los negocios políticos i administrativos. Pero en esa cárcel seguirá cantando, porque los poetas, como las aves, cantan tambien aprisionados en la jaula.

(1) Artículos críticos, ya citados, de don Miguel Luis Amunátegui.

LITERATURA AMERICANA. Juicio crítico de las obras de algunos de los principales poetas hispano-americanos.—Memoria presentada por don Miguel L. i don Gregorio V. Amunátegui al certámen abierto en 1859 por la facultad de Humanidades, i a la cual ésta, en sesion del 27 de julio de 1860, adjudicó el premio de la lei (a).

XIII.

DON ADOLFO BERRO. (1).

Es mui fácil caracterizar a un poeta, pintando a la musa que le ha inspirado.

Figuraos a una amazona de cristado morrion, de acerado peto, de tajante espada; que gusta de vivir en los campos de batalla mas bien que en las alcobas, bailes o jardines; pero que, así como el Héctor de Homero encontraba tiempo entre combate i combate para acariciar a su hijo, o derramar una lágrima sobre el cadáver de alguno de sus compañeros, sabe tambien de cuando en cuando desnudarse de sus armas para entonar una cancion junto a la cuna de un niño, o una elejía sobre la tumba de una persona respetada o querida. Es la musa de Olmedo.

Mirad a esa pastorcilla pizpireta i juguetona, que, a pesar de su aparente sencillez, ha leído a los escritores de la Arcadia antigua i moderna, cuyo lenguaje trata de reproducir en sus cantares; que tributa culto estérno, si no interno, a Vénus i a Cupido; que se deleita en perseguir mariposas por la pradera, o en cojer flores para tejer artificiosas guirnaldas; i que entra en dulces i sabrosas pláticas de amor con todos los pastores verdaderos o imaginarios. Esa es la musa de Navarrete.

Contemplad a esa mujer vestida de tosco sañal i llena de devocion i recojimientto, que no tiene mas que piedad en el corazon i oraciones en los labios; i que aparta sus ojos de la tierra para dirigirlos hacia el cielo, donde cifra toda su esperanza. Es la musa de Olavide i de Valdes.

Ved a esa jóven bella desde los piés a la cabeza, i que deseosa de parecerlo mas todavía se pone colorete en las mejillas; cubierta profusamente de perlas i diamantes, a riesgo de oscurecer sus gracias naturales; capaz de pensamientos grandiosos que sorprenden por su sublimidad i de otros tan nimios i pueriles que asombran por su insulsez, no obstante las altisonantes i campanudas palabras con que se trata de disfrazarlos; seductora i desenvuelta en sus movimientos hasta el estremo de que no

(a) Véanse las páginas 94, 111 i 359 del presente tomo de los *Anales*.

(1) Don Adolfo Berro es natural de Montevideo; nació el 11 de agosto de 1819; murió en la noche del 28 al 29 de setiembre de 1841; sus poesías fueron publicadas en un tomo el año de 1842.

le desagrada excitar la concupiscencia de sus admiradores, como lo haría una bailarina en el teatro; fogosa en sus pasiones, que no conocen límite ni valla, i que trasforma en lei moral, a la cual sujeta sus acciones; dotada de mas fantasía que buen sentido, i repleta de orgullo i confianza en sus fuerzas. Es la musa de.....muchos vates americanos de la presente época.

La musa que ha cobijado bajo su manto al poeta montevidéano don Adolfo Berro es una dama seria, reposada i grave hasta en sus ratos de esparcimiento i placer. No se desvive por los lujosos adornos, ni corre desalada tras los deleites mundanos; su traje es sencillo, su aire modesto, su carácter bondadoso; cuando mas prenderá un jazmin o un azahar en sus cabellos para asistir a una cita de amor bien casta i misteriosa. Tiene algo de la hermana de caridad que se olvida de sí misma para no pensar mas que en los otros. Vive en los calabozos, los hospicios, los hospitales, las casas de huérfanos, en todos los lugares donde hai lágrimas que enjugar, miserias que socorrer, llagas que curar, dolores que compartir, males que aliviar. Una nube de tristeza empaña su frente, resultado fatal de la contemplacion de las desgracias ajenas, i fúnebre presentimiento de una muerte prematura.

La poesía no ha sido para Berro un entretenimiento frívolo i egoísta, sino que ha tenido un objeto mas noble, mas elevado, i al mismo tiempo mas práctico. Ha querido que en sus rimas lo útil estuviese unido a lo agradable como dos ingredientes necesarios para confeccionar esa ambrosía, bocado de dioses. Se ha valido de los versos para inculcar una enseñanza provechosa en sus lectores. Ha creído como el Tasso que la verdad presentada bajo imágenes risueñas atrae aún a los hombres mas indóciles, como la miel untada en los bordes de la copa hace tomar a los niños los remedios mas amargos.

Don Adolfo Berro ha defendido a los esclavos africanos, esos mártires de la codicia, que para mengua i afrenta nuestra arrastran cadena en algunos estados de la América, cuando la Europa misma ha proclamado su emancipacion; ha despertado el sentimiento materno en las entrañas de las madres que por ocultar una falta abandonan sus hijos a la horfandad, privándose de sus inocentes caricias, i legándoles por herencia la pobreza i un borron; ha pedido amparo i proteccion para los infelices espositos que no tienen otra faldá donde reposar su cabeza que la dura tabla de una inclusa; ha lanzado maldiciones contra los tiranos que han desolado el nuevo mundo con su despotismo i crueldades, dando oríjen a guerras fratricidas i sangrientas; ha pedido una limosna para el mendigo, esa limosna que Dios se compromete a devolver centuplicada en el cielo, pero que el hombre, usurero empedernido, rehusa dar desconfiando de un fiador que no paga sino en un plazo indefinido, i a quien no se puede embargar ni ejecutar; ha procurado reanimar la virtud en el pe-

cho de la ramera, esa gota de rocío, según Víctor Hugo, que caída al suelo se convierte en barro, pero que un rayo de sol puede todavía levantar del fango i purificar; ha abogado a fin de que la cárcel no sea solo un lugar de detención i sufrimiento, sino también de mejora i rehabilitación para los delincuentes que jimen entre sus paredes.

Fuera de esto ha celebrado en sus versos las estrellas, las flores, la amistad, el amor, la patria.

¿Qué más puede exigirse a un poeta por lo tocante al fondo?

Es de sentir sin embargo que la pureza del libro, uno de sus más preciosos timbres, esté enturbiada por el *Canto de la prostituta*, que no es más que un desafío audaz arrojado por la cortesana al rostro de la tímida doncella i de la esposa fiel cuyas púdicas caricias no alcanzan, según ella, a saciar la pasión febril de sus amantes o maridos. La heroína de la pieza es el vicio insolente i descarado, que se forma una corona de su propia infamia i un pedestal de su abyección, para escupir sobre la virtud. El poeta puede, i debe, hacer algo mejor que rimar las procaces palabras de una mujer perdida, que hace gala de su corrupción, como la hace de su belleza. Es tanto más extraña la inserción del canto mencionado, cuanto que Berro ha escrito en un corto prólogo que corre al frente de su libro: "No tengo sistema literario: para mí las cualidades de toda buena poesía deben ser moralidad en el fondo i fin que el poeta se proponga; sencillez i elegancia en las formas."

Si del asunto pasamos a la expresión, las composiciones de Berro no son irreprochables. El líquido es puro i generoso, como lo hemos visto; pero el vaso que lo contiene no está artísticamente cincelado.

A pesar de que todas las piezas son cortas, el estilo es flojo i poco fluido: baste decir que hai perífrasis como la que aparece en los siguientes versos para designar el papel:

Graba ¡oh poeta! tu pensar intenso
 En blancas hojas que creó del hombre
 El arte sin igual.

Se descubre a veces en las producciones de Berro una mano inesperta i poco segura, que se mueve con lentitud i trabajo. Faltan al poeta oriental ese vigor i brillantez en la expresión que son en las obras, como en los individuos, el signo de la vida.

No podía ser de otro modo; don Adolfo Berro falleció muy joven; contaba apenas veinte i un años, cuando la muerte puso término a su carrera. El tiempo le habría dado quizá la soltura que echamos ménos en sus composiciones. La literatura es un arte que se perfecciona con el ejercicio, es algo como la caligrafía, en la cual se principia por palotes, se continúa con letra grande, i se concluye por hacer rápidamente letra peque-

ña i correcta. Solo el que tiene talento escribe bien; pero aún el que lo tiene, escribe, en muchas ocasiones, mal, por falta de cultivo.

En Europa, donde hasta los niños componen volúmenes, las pocas producciones de Berro pasarian desapercibidas como simples ensayos; pero en la América donde la fecundidad intelectual no es tan grande, deben ser apreciadas como las manifestaciones de un ingenio poético bastante distinguido, al cual faltó la vida para dar de sí todo lo que habria podido.

BIBLIOTECA NACIONAL.— *Su movimiento en el mes de marzo de 1861.*

RAZON DE LOS PERIÓDICOS, OBRAS, OPÚSCULOS I FOLLETOS QUE, EN CUMPLIMIENTO DE LA LEI DE IMPRENTA, HAN SIDO DEPOSITADOS EN ESTE ESTABLECIMIENTO.

Periódicos.

- El *Ferrocarril*; desde el núm. 1608 al 1631.
- La *Discusion*; desde el núm. 83 al 108.
- El *Comercio*, de Valparaiso; desde el núm. 688 al 723.
- El *Mercurio*, de Valparaiso; desde el núm. 10,059 al 10,074.
- El *Porvenir*; los núms. 19 i 20.
- El *Araucano*; desde el núm. 2263 al 2267.
- El *Correo del Sur*, de Concepcion; desde el núm. 1378 al 1380.
- El *Correo de la Serena*; desde el núm. 353 al 355.
- La *Revista Católica*; desde el núm. 670 al 673.
- La *Revista del Pacífico*; las entregas 4.ª i 5.ª.
- La *Revista de Sud América*; la entrega 9.ª
- El *Maulino*; desde el núm. 161 al 163.
- La *Esperanza*; desde el núm. 16 al 19.
- El *Tiempo*; desde el núm. 78 al 86.
- Anales de la Universidad*; la entrega 1.ª del presente año de 1861.
- El *Monitor de las Escuelas*; el núm. correspondiente al 15 de marzo.

Obras, opúsculos i folletos.

Memoria que la Direccion del Lloyd de Valparaiso presenta a la Junta jeneral de aseguradores el 4 de marzo de 1861; imprenta del Mercurio.

Alegato de primera instancia en el Juicio de don Agustín Edwards contra don Bruno Larrain; imprenta del Correo.

Reglamento para los Establecimientos Municipales de instrucción primaria de Valparaíso; imprenta del Comercio.

Gramática latina según el método de Ollendorff, dispuesta por el P. Alejandro Mei, M. O.; imprenta del Imparcial (Copiapó).

Manual de moral i economía política, por A. Leymarie, traducido por J. Villarino; imprenta del Comercio.

Manual de moral i de economía política para el uso de las clases obreras, redactado, sobre el de M. Rapet, por Miguel Cruchaga; imprenta del Comercio.

Obras extranjeras.

Histoire des nations civilisées du Mexique et de l'Amérique centrale durant les siècles antérieurs a Christophe Colomb, por M. l'Abbé Brasseur de Bourbourg; Paris 1857. 4 tomos en 4. °

Documentos para la Biografía del Ilmo. Señor don Manuel José Mosquera, Arzobispo de Bogotá. Paris 1858. 3 tomos.

Memorial del Ilmo i Rmo señor don Manuel José Mosquera, Arzobispo de Santa Fé de Bogotá. Paris 1858. El tomo 1. °

El *Correo de Ultramar*; 4 números, correspondientes a los meses de febrero i marzo.

Santiago, abril 5 de 1861.—*Damian Miquel*, bibliotecario. 2. °

CONSEJO DE LA UNIVERSIDAD.—*Actas de las sesiones que ha celebrado durante este mes.*

Sesion del 6 de abril de 1861.

Se abrió presidida por el señor Rector, con asistencia de los señores Solar, Orrego, Sazie, Palma, Domeyko i el Secretario.

Leida i aprobada el acta de la sesion de 23 de marzo último, el Injeniero jeógrafo don Manuel Valdes Vijil prestó el juramento de estilo.

En seguida el señor Rector confirió el grado de Licenciado en Leyes a don Manuel García de la Huerta, i el de Bachiller en la misma Facultad a don Carlos E. Casanueva i a don Ricardo Paredes, a quienes se entregó el correspondiente diploma.

Se dió cuenta:

1. ° De una nota del encargado del Consulado de Chile en Paris, don